

LXS ARGENTINXS Y LA SEGUNDA OLA

EL COVID y las subjetividades

BOLETÍN DEL C.I.S.I.C.

MAYO 2021



Centro de Investigación sobre
Sujeto, Institución y Cultura



C.I.S.I.C.

**Centro de
Investigación sobre
Sujeto
Institución
Cultura**

**Facultad de Psicología
UNMDP**

PRESENTACIÓN

NOTA EDITORIAL

El Centro de Investigación sobre Sujeto, Institución y Cultura (CISIC) reúne la labor de grupos de investigación de la Facultad de Psicología que inscriben sus trabajos y producciones en torno a las problematizaciones y actualidades en los campos entramados de la subjetividad, las instituciones y la cultura, integrando la pluralidad que brinda la interdisciplina.

Luego de un año del inicio de la pandemia, suceso global que ha transformado las vidas humanas de un modo que no imaginábamos más que en distopías, el tiempo de la elaboración se encuentra abierto y en desarrollo. En la marea de lo actual pulsa también lo incesante, y es la ocasión en que hemos propuesto la apertura de un espacio de comunicaciones fundadas en las disciplinas que sostienen nuestras indagaciones. Nace nuestro boletín, en la pausa necesaria para interrogarnos y promover la interlocución.

Este primer Boletín, convocado en los albores de la llamada “segunda ola” de coronavirus, ha recibido valiosos aportes de investigadores de nuestro Centro. Lo abren María Marta Mainetti y Susana LaRocca quienes nos ofrecen una reflexión acerca de la pandemia desde la perspectiva que brinda la bioética. Horacio Martínez y Analía Cacciari nos proponen una mirada freudiana acerca del “amor al prójimo” y la manera en que su complejidad es evidenciada en los comportamientos y actitudes respecto a la pandemia y las medidas sanitarias. En una línea similar se inscribe el artículo de Hugo Martínez Álvarez, quien propone la potencia de lectura del psicoanálisis en el cruce entre lo singular y lo social para dar cuenta de los fenómenos que observamos socialmente con el auxilio de la diferencia entre negación y negatividad. Fernando Irasola aborda la intrusión del virus en la vida analizándolo desde el concepto lacaniano de lo real y Laura Iglesias ofrece una lectura psicoanalítica del impacto de la pandemia en la adolescencia, desde su experiencia en la salud pública.

La realidad de la escuela y la educación en la pandemia ha dado lugar a las reflexiones compartidas en los siguientes escritos. Sandra Marañón realiza una lectura considerando la función de la escuela, los trastornos en su rol tradicional y la interrogación acerca de su posibilidad de reinención. Lara Berg se detiene en el impacto

en las subjetividades estudiantiles a partir de la suspensión de clases presenciales y otorga un lugar significativo a la construcción de espacios dialógicos en la Universidad. Karen Dominguez Cardoso también reflexiona acerca de la vida estudiantil a partir de la pandemia, dando cuenta de los desafíos y nuevos interrogantes que se han generado. Cierra este número un breve ensayo de Susana LaRocca, quien se y nos interpela desde la situación vital de la vejez.

Agradecemos a lxs autores de los escritos que forman parte del Boletín e invitamos a lxs interesadxs a continuar participando en nuestros próximos números.

Comité Editorial

Dra. Ana María Hermosilla

Mg. Vanesa Baur

Dra. María Marta Mainetti

Dr. Horacio Martínez

Lic. Hugo Martínez Alvarez

Mca. Analía Cacciari

Lic. Corina Soliveréz

INDICE

PRESENTACIÓN	3
¿Hay una ética para el coronavirus?	6
El amor al prójimo	9
Algunos aportes del psicoanálisis a la problematización de los fenómenos psíquicos presentes en la segunda ola de COVID-19	12
Lo real del virus	17
Adolescencias... surfeando las olas	20
¿Aulas muteadas?	23
Sobre la particularidad de estudiar en tiempos de Covid-19	28
Ser estudiante en tiempos de pandemia	31
Vejez y juventud, entrelazadas en la pandemia	35

¿Hay una ética para el coronavirus?

María Marta Mainetti y Susana La Rocca

En poco tiempo el coronavirus impactó nuestra vida cotidiana de tal manera que ya no podemos hablar, ni pensar en otra cosa. Hemos dejado de abrazarnos, besarnos, tocarnos, encontrarnos, tomar mate, darnos la mano. La información nos satura, pero a la vez la necesitamos, la buscamos, la consumimos y la reproducimos, pensando quizás que tenemos la mejor, la que aportará alivio o la que hará tomar conciencia o la que hará reír más. ¿Con cuál nos quedamos? ¿Con la que asusta desmedidamente y que genera angustia? ¿Con la que busca culpables? Con la que incentiva al odio y a la separación? ¿Con la que privilegia el individualismo? ¿Con la que trivializa demasiado la situación, sosteniendo que es todo una percepción y un invento para distraer a la gente de problemas mayores? ¿Con la que solo trata de encontrar algo positivo, la que nos trata de enseñar algo o la que le encuentra un sentido espiritual absoluto?

Desde la Bioética siempre hemos sostenido que vivimos en un tiempo de incertidumbres y quizás la llegada del coronavirus es una más de ellas. No sabemos cuánto tiempo va a durar, si nos vamos a contagiar, si vamos a sobrevivir. Hace un año no podíamos imaginar que la situación de pandemia permanecería por tanto tiempo. Y hoy sentimos que quizás viviremos así el resto de nuestra vida, que tenemos que encontrar y vivir en una nueva normalidad, que muchas cosas no van a volver. Estamos ante una segunda ola y no sabemos cuántas vendrán. Celebramos la llegada de la vacunación, pero la misma trajo consigo nuevos problemas: distribución, producción, que implican difíciles decisiones. La esencia de la Bioética es la reflexión, la orientación a actuar en base a valores, la denuncia de lo injusto, la defensa de los principios que dignifican a las personas y especialmente los derechos humanos. Cuando las decisiones se toman en contextos de gran incertidumbre se agudiza el problema de la elección de criterios. Hay quienes proponen salvar el futuro económico y dejar hacer al coronavirus. Creen que la selección no natural sino capitalista hará que se salven los más aptos—léase los más poderosos. Aquí la protección es para los menos, en desmedro de los más. Un utilitarismo despreciable e individualista que se replica en naciones y en individuos.

Hay quienes defienden atender entonces a los que tienen más posibilidades de curarse, dejando fuera a los ancianos más vulnerables. Esta decisión, también

utilitarista, es por lo menos más aceptable que la anterior, si es que es imposible salvar a todos. Pero sabemos que no será sin consecuencia. Dejar morir siempre es dramático para quienes tienen que decidir si al menos no es posible ofrecer una muerte digna.

En tiempos del coronavirus no hay otros criterios. Manda la urgencia, la pesadilla, la desesperación. Es el presente temido y tanta veces anunciado, donde la solidaridad del hacer de los sanitarios y funcionarios debe sumarse a la solidaridad del quedarse en casa lavándose las manos para no infectarse y no infectar.

La orientación del hacer en valores es anterior y posterior a la pandemia. Es pensar la salud pública como derecho humano. Es cierto que nunca lograremos estar a la altura de una gran catástrofe pero al menos no tan lejos como en los tiempos que corren, en los que el derecho a la salud se puso en manos del mercado y no del estado.

Es por eso que nos permitimos reflexionar sobre diversos aspectos:

- La vulnerabilidad humana se desnuda ante la enfermedad que no tiene cura definida, sea cual sea, pero más lo hace ante las desigualdades que se evidencian en la forma y en los recursos para afrontarla.
- Las otredades se construyen cruel y velozmente cuando el otro es enfermo y se convierte en una amenaza. La salud se individualiza, se responsabiliza y se culpabiliza.
- La salud es un derecho, que depende de medidas políticas para ser garantizado y de responsabilidad social para que se ejerza plenamente

Por eso, ante la segunda ola, resaltamos principios bioéticos que consideramos indispensable poner en práctica:

- *Principio de equidad y de justicia social.* La situación de pandemia ha hecho tomar conciencia de que no todos ni todas tenemos las mismas oportunidades para afrontar la enfermedad en caso de que nos toque. Que si nos cuidamos no es solo por nosotros mismos sino por ese otro/a que tenemos al lado o que está más lejos, pero que quizás va a necesitar un lugar no disponible en el hospital, si alguien lo ocupa irresponsablemente.
- *Principio de solidaridad.* La humanidad ha podido superar muchas adversidades gracias a la solidaridad. Un valor que requiere, para ser efectivo, de mucha organización y del compromiso colectivo. Que puede implicar pequeños gestos así

como acciones a gran escala. A nivel global se está discutiendo por ejemplo, la liberación de las patentes de vacunas, para que muchos laboratorios puedan fabricarlas. En qué valor se sostendría una acción semejante si no en pensar en el beneficio desinteresado hacia otros/as?

- *Principio de vulnerabilidad.* Cuidar especialmente a quienes integran grupos de riesgo, no exponiéndolos innecesariamente. En este tiempo se ha puesto en evidencia la necesidad de pensar en quienes están más desprotegidos/as, brindándoles una protección mayor.

Para concluir, quisiéramos resaltar que la pandemia nos enfrenta con la muerte día a día. En este sentido la bioética posibilita como disciplina filosófica e interdisciplinaria un tratamiento de la muerte destinada a recuperarla como la posibilidad existencial más significativa del vivir. Ser descartado/a en la atención sanitaria no parece responder a esta exigencia. Después de esta pandemia podremos pensar que si para algunos/as el dejar morir puede ser más económico que el esfuerzo por prevenir, algo de la humanidad se ha perdido en el camino. Sin embargo la respuesta de miles de sanitaristas y gente de a pie en esta lucha contra un virus con fisonomía de realeza y consecuencias de horror, nos devuelve la esperanza de pensar que sí hay una ética para el coronavirus.

María Marta Mainetti es Especialista en Bioética. Mg. en Bioética y Doctora en Ciencias de la Vida- Prof. Titular de Antropología en la Lic. en Psicología e investigadora. Prof. Titular de Bioética en la Escuela Superior de Medicina y en la Facultad de Ciencias de la Salud y TS de la UNMDP. Integrante del Programa Temático en Bioética de la UNMDP. Miembro del Capítulo Argentino de Bioética de la Red Bioética UNESCO.

Susana La Rocca es Profesora en Filosofía, Especialista en Bioética, Mg. en metodología y epistemología de la ciencia. Coordinadora del Programa Temático Interdisciplinario en Bioética (UNMdP). Miembro del comité de ética de la Provincia de Bs. As y miembro del CedhCovid de la Nación. Directora del Grupo de Investigación Ética Lenguaje y Epistemología de la Facultad de Psicología (UNMdP). Ex Profesora Titular en la Facultad de Psicología y en la Facultad de Ciencias de la Salud

El amor al prójimo

Analía A. Cacciari; Horacio G. Martínez

Los efectos de la pandemia del COVID caen sobre todos los habitantes del planeta: contagios, muertes, encierros prolongados, expectativas frustradas una y otra vez. Como todos, nosotros también padecemos esas consecuencias. ¿Qué podríamos aportar como un elemento de debate sobre el tema y sus implicancias, que no resultase una queja o una arenga? ¿Qué podríamos rescatar como aporte desde las disciplinas y los discursos científicos que nos sirven de marcos de referencias en nuestras investigaciones?

El disparador de este boletín fue la brecha abierta en la opinión pública a partir de la llegada de lo que se dio en llamar “segunda ola”, es decir, un incremento de contagios a partir de la aparición de nuevas variaciones o cepas del virus. Brecha que enfrenta a los que expresan su preocupación ante los aumentos de contagios y sus deseos de ampliar los cuidados, frente a los que no están dispuestos a resignar sus libertades personales.

El Psicoanálisis ha producido conceptos y argumentos útiles para pensar los fenómenos centrales del campo social. En dos textos capitales, Freud logró delimitar la estructura de la masa a partir del fenómeno psíquico de la identificación y de la función del Ideal del Yo, y por otra parte logró ceñir el elemento que genera malestar en los seres humanos a partir del momento en que viven en comunidad y aceptan las exigencias éticas y culturales.

El primer elemento permite explicar la polaridad de opiniones (ese fenómeno que en nuestro país se denomina “grieta”): los seres hablantes nos identificamos con otros y creamos masas estables a partir de elementos capaces de coligarnos, no racionalmente, sino libidinalmente. Recordemos que un Ideal para el Yo puede ser tanto un líder como una idea (por ejemplo, la de solidaridad, o la de la libertad individual como valor máximo a defender), y es eso lo que “amamos” y por lo que nos ligamos a otros de los que suponemos un sentimiento similar.

La segunda requiere detenernos en algunos de sus detalles. Tomemos por ejemplo la proclama libertaria. Respecto a ella, Freud (1930) es taxativo:

La libertad individual no es un bien de la cultura, pues era máxima antes de toda cultura, aunque entonces carecía de valor porque el individuo apenas era capaz de defenderla. El desarrollo cultural le impone restricciones, y la justicia exige que nadie escape de ellas. (3037)

La tesis de Freud afirma que la cultura surge como un sistema de coacción de las apetencias individuales, sobre todo de aquellas que tienen por meta la destrucción del prójimo. De allí que dedique todo un apartado al análisis del mandamiento de "amor al prójimo". Al aproximarnos al mismo desde una posición "ingenua", es decir, desprovista de prejuicios, Freud demuestra que, lejos de despertar nuestro amor, el prójimo, en tanto extraño, despierta nuestra desconfianza y hostilidad. Ante esta reacción, una voz solemne nos advierte: "precisamente porque el prójimo no merece tu amor, debes amarlo como a ti mismo".

Esa voz, que para un creyente sería la voz de su dios, para Freud será la voz de la conciencia moral, del superyó, creado por la cultura a partir de la introyección de nuestros impulsos agresivos, ahora dirigidos contra el propio yo.

La cultura entonces engendra malestar en la medida en que se sostiene de las prohibiciones que hace recaer sobre todos los seres que la habitan, y se alimenta de los impulsos coartados en su fin que terminan siendo sublimados o directamente aplicados como insumos del aparato represivo. Y esto es así en cualquier sociedad, en circunstancias "normales". La guerra, una catástrofe natural o una pandemia modifica sensiblemente los equilibrios de este dinamismo cultural.

Por amor al prójimo, pero sobre todo por temor a la muerte, aceptamos de buen grado encerrarnos en nuestras casas magnificando las tareas de higiene. Pero, más tarde o más temprano, las exigencias pulsionales nos conflictúan. Y a ello hay que agregar, lamentablemente, la gran labor de amplificación del malestar que realizan los medios de comunicación y los partidos de la oposición, que aprovechan el desasosiego público para criticar las medidas que toma el gobierno.

En ese contexto: ¿a quién debo obedecer? ¿A mis propias pasiones que buscan expresarse sin freno, o a una razón que intenta imponerse en nombre del bien común?

En el texto que venimos comentando, Freud se pregunta si no está justificado diagnosticar a una época cultural como "neurótica" cuando sus integrantes se ven sometidos a ambiciones culturales desmedidas.

El psicoanálisis no es una ética, ni tampoco una concepción del Universo: acompaña al sujeto hasta el umbral en donde debe tomar una decisión relativa a su acto. En el trayecto previo, lo hemos ayudado a delimitar y ponderar los elementos en juego en el conflicto que lo aqueja. ¿Pero quién podría imponer a las masas una terapéutica acorde con la neurosis que la aqueja?

Bibliografía

Freud S.: (1930/1972) El malestar en la cultura. (*Obras Completas*. Biblioteca Nueva. Madrid)

Analía Cacciari es Profesora Titular de "Desarrollos del Psicoanálisis" y Profesora Adjunta de "Psicopatología" en la Lic. en Psicología (UNMdP). Investigadora del Grupo "Psicopatología y Clínica".

Horacio Martínez es Profesor Titular de "Psicopatología" y Profesor Adjunto de "Desarrollos del Psicoanálisis" en la Lic. en Psicología (UNMdP). Investigador del Grupo "Psicopatología y Clínica".

Algunos aportes del psicoanálisis a la problematización de los fenómenos psíquicos presentes en la segunda ola de COVID-19

Hugo Martínez Álvarez

El psicoanálisis no se caracteriza por la respuesta inmediata a la interpretación de un fenómeno, porque es una teoría que indaga lo que el fenómeno actual le debe al pasado. Frente a una tendencia a la homogeneización de los padecimientos, el psicoanálisis indaga la singular manera en que se construye el padecimiento en cada uno de los sujetos. Pero también es cierto que Sigmund Freud se encargó de remarcar que todo síntoma es social, porque está enmarcado en una cultura determinada que marca coordenadas de referencia, en diversos sentidos.

Da lugar a ciertas confusiones esta doble orientación de pensar el padecimiento en su conformación absolutamente singular y por otro lado la dimensión social de los síntomas. En los últimos tiempos esta confusión ha sido expresada en la sinonimia entre sexo y género. Donde está claro para los psicoanalistas que el género se entiende como posibilidades de identificación que una cultura ofrece, que varían permanentemente y lo seguirán haciendo, y que por supuesto son muy importantes para el progreso de la cultura, para integrar lo que permanecía excluido y que de no llevarse adelante conlleva el sufrimiento y la marginalidad de muchísimas personas. Pero no es el género un tema del psicoanálisis, sino el sexo, en donde se trata de un objeto específico que no es ni natural, ni cultural: la pulsión.

Pero por otro lado, el silencio no es recomendable. Ni antes fue salud, ni lo es hoy. Dado lo cual es indispensable el intento de pensar y expresar que coordenadas el psicoanálisis puede aportar para pensar la situación actual.

Como venimos afirmando, el psicoanálisis indaga que de lo actual del padecimiento del sujeto o la comunidad debe a lo pasado. No es la única disciplina que indaga esta dirección, los trabajos de Michel Foucault se encuentran en la misma senda en este sentido (no en otros). Por esto y por ser una práctica de lo singular de esta forma de padecer, es que la generalización no es acorde ni método ni a la práctica analítica.

A pesar de lo cual de los recaudos previamente expresados, creo que hay algunos vectores que son útiles para pensar el sufrimiento psíquico y social que el COVID-19 nos ha traído aparejados a todas y todos, de una u otra forma.

Como psicoanalistas sabemos que los síntomas son "...sustitutos para una satisfacción frustrada... y "...lo hacen mediante una regresión de la libido a épocas anteriores..." (Freud, 1916, p.333). Frente a la frustración que ocasiona las limitaciones que la realidad de la pandemia nos presenta, los sujetos recurren a formas de satisfacciones anteriores y más primitivas. Es claro que el incremento del consumo de comida, alcohol, drogas (legales e ilegales) u otras formas de satisfacciones propias y anteriores de cada sujeto, es una de las alternativas frente a las limitaciones que la nueva realidad impone. Se trata de una regresión, por un lado a satisfacciones más primitivas e intentos de alternativas frente al padecimiento y, por otro, expresión de la impotencia de encuentro de formas más vitales y deseantes.

Por otro lado, también sabemos que toda limitación exagera la agresividad, que ligada al narcisismo, puede confundirse "...habitualmente en la moral media con la virtud de la fortaleza..." (Lacan, 1948, pp113). Es habitual, en estos tiempos, encontrar que se piense la agresividad como una forma de fortaleza de los sujetos y no como una forma de violencia. Especialmente, hay que pensar esa característica en un medio virtual, que si bien estaba disponible desde hace varias décadas, y se había incluido entre uno de los vínculos sociales posibles, tuvo una expansión y hegemonía en otros ámbitos de la vida de los sujetos (educativo, laboral, comercial, etc.). (Sadin, E., 2019; Echeverría, 2002). Tornándose, casi exclusivamente, el único medio de vinculación posible en la situación actual, este medio virtual, tiene sus características, sus beneficios y sus límites. Por un lado exalta expresiones de afectos, que se desentienden de las razones. Favorece un aglutinamiento efímero, que permite vehiculizar el malestar pero alejado de la indagación del malestar. Y se ve oscilar, más velozmente que cualquier en otro momento, entre el amor y el odio. Por otro lado, el estado actual de la cultura, que promueve objetos homogéneos y formas de satisfacción uniformes confunde aún más la cuestión.

Varias series televisivas y producciones cinematográficas que toman como tema el futuro cercano, muestran las posibles consecuencias sobre la subjetividad de la virtualidad en variados sentidos. Es repetido el planteo del sostenimiento de los sujetos en referencia a su existencia y repercusión en las redes virtuales. Estas, por otro lado, han permitido otra forma laboral, que tiene que ver con este medio (cantidad de

seguidores, que son subsidiados por la propia red o con publicidad). Se pueden observar cambios en la forma de llevar adelante la política, donde los candidatos se asemejan más a una mercancía a adquirir que a una postulación de convicciones y posicionamientos ideológicos. Las imágenes y los eslóganes son más importantes que las propuestas que se plantean, que por otro lado pueden ser absolutamente ficticias y eso no se constituye en una falta a reclamar, porque la velocidad en que se producen los fenómenos los deja rápidamente atrás (Debray, R., 1995) Es otra forma de plantear que la memoria se encuentra cuestionada. Desapareciendo su valor en la virtualidad, donde la renovación la sustituye. Y en donde se pierde el lazo que une lo actual con lo pasado, y la deuda que conlleva.

Insistimos con que las redes favorecen la expresión del malestar, pero dejan de lado la responsabilidad de lo que se dice. Es solo catarsis del malestar, expresión de la agresividad que nos habita y que es constitutivo de la subjetividad. La tesis freudiana de incorporación del objeto bueno y expulsión del objeto malo, en un desdoblamiento imposible, desarrollado en *La negación*, (Freud, 1925) tendrá su impulso en el intento de regreso a un estado primigenio de indiferencia, que converge con la defensa del narcisismo del sujeto.

Vuelta sobre el sujeto que también posibilita una de las caras más mortíferas de la pulsión: el superyó. La exigencia permanente y desmesurada, la culpabilidad radicalizada, el impulso a la lesión de uno bajo la forma que sea: desde el daño físico hasta la autodenigración. Sacrificio e impulsión.

Freud plantea que la represión se presenta como un punto intermedio entre la huida y la negación (Freud, 1915). Entiende que la "piedra angular" que el psicoanálisis descubre es la represión, porque da cuenta del mecanismo fundacional del psiquismo neurótico y por lo tanto también de la formación de los síntomas neuróticos, mecanismo que consistirá básicamente en desligar los dos representantes de la pulsión: representación representativa y representación afectiva. Una particularidad de este mecanismo, consistirá en el desarrollado unos años más tarde en el historial del *Hombre de las ratas*, en 1909, denominado "falso enlace". Comento este mecanismo para señalar como puede observarse en su reiteración en estos tiempos. Como hemos señalado anteriormente, la exacerbación de los afectos ligados a representaciones que los tornan inentendibles, o por su falta de correlato o importancia, o por ser representaciones o ideas o pensamientos que hasta hacía poco tiempo no merecían la mayor atención de los sujetos.

Pero en 1925, junto a la represión, la desmentida y la forclusión como formas de defensa (y de mecanismos fundamentales de estructuras) en *La negación*, introduce otra forma posible (ya no como defensa, sino como mecanismo constitutivo de la subjetividad) del aparato frente a una idea que podría traerle sufrimiento: la negación. Este mecanismo tiene como característica una "astucia sorprendente" (Assoun, P.L., 1984; pp164): el sujeto puede tomar conciencia de lo reprimido confesándolo literalmente pero negándolo en la misma afirmación: "nunca hubiera pensado que..." o "estoy seguro que no es.", formas en que se expresa lo reprimido pero en esta forma negativa. Pero, fuera de que este mecanismo tenga su lugar en el análisis de un discurso actual en estas épocas de pandemias, existe una relación aún más nodal y mortífera: la negatividad. No refiriéndose ya a esta sutileza de nuestro psiquismo que nos preserva de la represión. Porque la negación tiene como sentido sostener la función de la palabra, es lo que permite que el inconsciente se haga palabra (Salafia, A., 2008). Pero si este mecanismo no se produce nos encontramos en el campo del fracaso de la negación, es decir en el campo de la negatividad. Más allá de las consecuencias enormes que esta distinción tiene en la clínica psicoanalítica. Nos interesa solo resaltar que la presencia de esta negatividad, en el campo de la concepción psicológica de los sujetos, permite vislumbrar al menos dos consecuencias. Una, como ha remarcado Norberto Ferreyra, esta negatividad puede posibilitar que los sujetos sean reducidos a organismos: determinaciones cerebrales, neurofisiológicas, anatómicas, genéticas, etc. que es una forma de negatividad de la función de la palabra en su constitución como sujetos. Y por otro lado que la negatividad, no de oposición a la argumentación de otro, sino de rechazo al otro, solo puede tener como consecuencia el llamado a su aniquilamiento. Que paradójicamente también conlleva el del que lo sostiene.

Bibliografía

Assoun, P-L. (1984) Los grandes descubrimientos del psicoanálisis en Historia del Psicoanálisis Vol. Uno, Barcelona; Ediciones Juan Granica.

Echeverría, J. (2002) Democracia y sociedad de la información, en AAVV Observatorio siglo XXI, Bs. As., Ed. Paidós.

Debray, R. (1995) El estado seductor, Bs. As.: Editorial Manantial.

Freud, S. (1987 [1917]) Conferencias de introducción al psicoanálisis, OC, TXVI. Bs. As. : Amorrortu Editores.

Freud, S. (1987 [1915]) La represión en OC, TIV, Bs. As. Amorrortu Editores.

Freud, S. (1991 [1925]) La negación, en OC, TXX, Bs.: Amorrortu Editores.

Lacan, J. (2005 [1947]) La agresividad en psicoanálisis, en Escritos 1, Bs. As.: Ed. Siglo veintiuno.

Sadin E. (2019) La humanidad aumentada. La administración digital del mundo. Buenos Aires: Ed. Caja Negra.

Salafia, A. (2008) El fracaso de la negación, Rosario: Editorial Fundación Ross.

Hugo Martínez Alvarez es Profesor Titular de "Deontología Psicológica" y Profesor Adjunto de "Introducción a la Teoría Psicoanalítica" en la Lic. en Psicología (UNMdP). Investigador del Grupo "Psicología y ética: ciencia y profesión".

Lo real del virus

Fernando Irasola

En el proyecto de investigación *La dirección de la cura en Lacan en los seminarios XVI y XVII*, trabajamos desarrollos de Lacan entre los años 1969/70, durante su seminario *El reverso del psicoanálisis*, donde nos presenta cuatro discursos, que no se tratan ya de cadenas de significantes y significaciones concomitantes, sino de “un discurso sin palabras” (1968,11), una forma lógica del discurso que revela una estructura de lugares y términos que, en su funcionamiento, generan modos diferenciales de lazo social, en función de una estructuración de saber y efectos de exceso que determinan funciones de impotencia o imposibilidad.

En el intercambio con analistas, suele destacarse la impotencia ante la irrupción en los consultorios de lo que se ha dado en llamar lo real de la pandemia, del virus o la cuarentena, que *desde afuera* trastoca nuestras vidas. Se entiende por ello una suerte de impacto en la salud psíquica de los consultantes, de todo aquello que se refiere a la pandemia, la cuarentena, las restricciones, etc.

Se producen, de este modo, variedad de reflexiones en torno a características particulares y modos de presentación sintomática, su gravedad, y en general todo aquello que intenta, infructuosamente, responder a la pregunta, por cómo lidiamos con las consecuencias del malestar de época.

Esta reflexión apunta, no a esas consecuencias, sino a lo que suponemos como causa, que tal vez por evidente a veces se nos pasa por alto.

¿En qué consiste eso real con lo cual tenemos que lidiar? Lacan lo define en El Seminario XVII como “tope lógico de aquello que, de lo simbólico, se enuncia como imposible” (1970, 131) Se trata, entonces, de lo que excede a la estructura, lo que escapa a toda posibilidad de relación que produzca un saber.

Lo real es aquello que la estructura de elementos covariantes no puede significar, no porque fuera una totalidad anterior a un simbólico siempre parcial, sino porque la configuración de la estructura genera imposibilidades que excluyen cualquier posibilidad representativa.

Se plantea entonces, la siguiente pregunta: eso que escapa a la red de significantes ¿de algún modo nos concierne? Justamente, en el citado seminario Lacan hace lugar a efectos y producciones de la articulación significativa que, a la vez que exceden son fundamento del discurso, en tanto que su articulación no es sin la referencia a este punto de imposibilidad.

Lacan presenta un abordaje, tanto del sujeto como del objeto, que evita concebirlos como preexistentes al lenguaje, el sujeto como un ser que no se define como ente sino simplemente porque habla, no puede, por ello, cernirse por su manifestación subjetiva. El objeto tampoco se define como entidad objetiva sino como causa de deseo o como plus de goce, es decir, como "falta de ser. No es pues ningún ente lo que así determina" (1970, 163).

De este modo Lacan impide cualquier entificación objetivista y se excluye el dualismo clásico y la instauración de un ser autónomo. En este sentido, el psicoanálisis se propone subvirtiendo el discurso de la modernidad, que ofrece al sujeto una determinada estructura de emplazamiento como ser de conocimiento, indiviso y transparente a sí mismo, *res cogitans* contrapuesta a *res extensa*. Sujeto y mundo, adentro y afuera, instancias heterogéneas.

Los desarrollos de Lacan en topología cuestionan esta tajante separación, al igual que su formulación del fantasma o del inconsciente entendido como discurso del Otro. Los discursos tienen también ese objetivo, pero explicitan además efectos de producción y verdad como resultado del interjuego significativo entre el agente y el otro, que integran al sujeto y al objeto plus de goce en la máquina discursiva.

Si consideramos entonces, al virus como un real, habría que especificar de qué real se trata, para que no sea simplemente sinónimo de una realidad que, desde afuera, viene a perturbar nuestra homeostasis subjetiva. Habría también que cuestionar la supuesta exterioridad de cualquier evaluación de ese real que no deja inexorablemente de afectarnos.

Si lo real no es una substancia ontológicamente preexistente al ser, sino que es un *tope lógico*, en este caso, del discurso de la modernidad capitalista, fundado en la técnica como instrumento de un individuo supuesto ente sustancial privilegiado, al servicio del cual la naturaleza debe producir: extractivismo que impacta en los ecosistemas, deforestación, monocultivos, contaminación, migraciones rurales, sobredimensionamiento de los cascos urbanos, etc. Entonces el *deitrus no calculado*

nos viene desde afuera con sus consecuencias indigestas. Lo real decimos, eso que no reconocemos, aunque sin nosotros no existiría.

No planteo la opción de volver a un romántico estado de naturaleza sino intentar reintroducir lo indigesto de nuestra actividad. Que es inexorable. De este modo, quizás no salgamos de la impotencia, pero al menos no estaremos exentos cual almas bellas que se horrorizan ante la crueldad del mundo.

El impacto de la cuarentena es general, pero agudiza en aquellos que hicieron de la producción su modo de vida, sobreadaptados al trabajo, explotadores de sí, los que no pueden estar en soledad, los que sobrellevaban la convivencia familiar a base de no estar nunca en casa, los que necesitan ocupar la mente urgentemente para no pensar, los alienados de la producción. Pero, emplazados como estamos en la modernidad capitalista, sufrimos todos. Analistas incluidos. Porque el virus es lo contrario, impide producir al costo de la muerte.

Por eso la resistencia dice: no importa la muerte. ¡Sigamos produciendo! Un imposible seguramente, como lo es también la huida de las relaciones de producción, siendo como somos, producto de la modernidad capitalista. ¿Entonces qué hacer?

Podemos ser testigos impotentes del sufrimiento ajeno, y *evaluar casos* para intentar emparchar desde la asistencia o el entretenimiento; o sostener la incógnita por lo extraño, que no obstante nos concierne, y buscar la respuesta en el Otro, aunque nos encontremos con su falla.

Bibliografía

Lacan, J. (1968/9) El Seminario XVI. *De un Otro al otro*. Ed. Paidós. Buenos Aires. 2008

Lacan, J (1969/70) El Seminario XVII. *El Reverso del Psicoanálisis*. Ed. Paidós. Buenos Aires. 2009

Fernando Irasola. Licenciado en Psicología. Miembro del Proyecto de Investigación y Posgrado: "La dirección de la cura en Lacan en los Seminarios 16 y 17" Cursante de la Maestría de Psicoanálisis. U.N.M.d.P.

Adolescencias... surfeando las olas

Laura B. Iglesias

La pandemia y sus consecuencias resultan inéditas. Por más comparaciones con acontecimientos similares que se propongan (la gripe española de 1915, por ejemplo) esta pandemia, reviste características que la hacen única y para la mayoría, inesperada. Solo ha sido anticipada en parte por películas futuristas, de ciencia ficción. Tal vez por esto, puede que a lxs pibes no lxs sorprendiera tanto... podría pensarse que en general, resultó incluso auspicioso en un inicio ya que ocasionó que las clases se suspendieran. Para la mayoría de los jóvenes que acuden al secundario, las horas de clase y de estudio diarias resultan bastante agotadoras. Siempre es una alegría una suspensión de clases. Para otrxs, por supuesto, el colegio opera como un refugio, sobretodo si encuentran allí grupos de pares que sostengan, fundamentales en estos tiempos de constitución tormentosa.

Pero, como es sabido, la situación se alargó... las clases no regresaron en su presencialidad (se hicieron virtuales o por entrega de módulos) y las prohibiciones de salir y juntarse con amigxs se acrecentaron.

La adolescencia puede ser pensada, desde la perspectiva psicoanalítica, como un momento de constitución subjetiva donde lxs jóvenes aún requieren de lxs adultxs. Pero también requieren espacios propios, por fuera de lxs adultxs, con pares, con amigxs. Uno de los trabajos psíquicos necesarios para el adolescente es el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar. ¿Qué consecuencias tendrá para muchxs jóvenes no poder salir de su casa? ¿Qué implica compartir con la familia 24/7, incluso en espacios tan reducidos como un único ambiente?

Estas fueron algunas de las preocupaciones que sostuvimos quienes trabajamos en el Programa Municipal de Atención de Salud Integral del Adolescente. Este espacio se destina a jóvenes entre 12 y 19 años de la ciudad y alrededores, que consultan sobre distintas problemáticas relativas a su salud en general. Se trabaja de manera interdisciplinaria (psicólogxs, médicos, nutricionistxs, ginecóloga, cardiólogo, lic. en servicio social, enfermerxs) acercando posiciones y estrategias de atención e intervención, caso por caso.

Durante el principio de la pandemia la atención en lo que respecta a especialidades (cardiología, oftalmología, ginecología) fueron suspendidas. Incluso la atención médica fue (y continúa siendo) escasa por la merma de profesionales destinados a tal función.

Solo las trabajadoras sociales (que llamativamente no fueron consideradas personal de salud esencial) pudieron asistir y continuar el trabajo recibiendo las consultas de lxs pibes vía whatsapp y telefónicamente.

Lxs integrantes del Departamento de Salud Mental Municipal fuimos distribuidos en zonas para brindar atención telefónica a la comunidad. Fue un servicio necesario y que cumplió su objetivo durante un lapso de tiempo. Las situaciones que conllevaban riesgo en jóvenes (sobretudo consultas recibidas desde las escuelas) eran derivadas al programa, y se sostuvieron telefónicamente hasta reintegrarse parte del equipo y comenzar el trabajo presencial, respetando protocolos, en el mes de mayo de 2020.

Las situaciones de mayor urgencia fueron la atención de una joven de 16 años ,cuyo novio de 18 años murió a causa de suicidio (la jovencita consumía gran cantidad de psicofármacos diarios desde sus 12 años); jóvenes con episodios de autolesiones y conductas de extremo aislamiento, incluso de redes sociales. Asimismo, fueron numerosas las consultas por síntomas vinculados a situaciones de ansiedad, lo que se da en llamar ataque de pánico o crisis de angustia.

Lxs jóvenes requieren de lxs adultxs. Pero no de adultxs que los encorseten en diagnósticos psicopatológicos o que los conviertan en el blanco de todos los males del mundo. Vemos cómo en estos últimos meses se han transformado incluso en los responsables del contagio. Siguiendo a Gabriela Insúa "Ya sea que se los desestime o se los beatifique, el niño y el adolescente son cosificados a veces en objetos de denigración o de culto, cuando en verdad son sujetos de derecho, que en acto transforman su entorno, esto para el mundo adulto es sumamente peligroso." (2017, p. 21).

El amparo del adultx es condición de la existencia material y subjetiva y en la adolescencia tiene la función de acompañar, legitimar, sancionar. No es una función de incondicionalidad pero sí de disponibilidad: es grande el número de adolescentes abandonados a su propia suerte, que parecieran no ser necesarios para nadie. Al decir de Stella Firpo "La adolescencia puede definirse como liminalidad entre la metamorfosis puberal y la metamorfosis social. Esta metamorfosis social se caracteriza por encontrarnos con sujetos supernumerarios, descartables, desechables, en precariedad laboral y en flotación social. En esta época de pandemia esto se ha multiplicado y acelerado vertiginosamente (...) El adolescente está saliendo de un terremoto puberal e ingresando a un tembladeral social. Sus tareas: sustraerse de la familia, producir un lugar nuevo en la cultura y generar un lugar subjetivo en esta metamorfosis social.." (2021, p. 15) no constituyen tareas nada sencillas.

Francoise Dolto toma para comprender la vulnerabilidad de los adolescentes la metáfora de las langostas: éstas cambian su caparazón durante un tiempo pero “si mientras son vulnerables reciben golpes, quedan heridos para siempre, su caparazón recubrirá las heridas y las cicatrices, pero no las borrará” (1990, p. 12).

La pandemia vino a visibilizar y acentuar lo que ya estaba: desdibujamiento de lugares, vulnerabilidad, incertidumbre generalizada y falta de garantías. Se evidencia el abandono, la negligencia, y la violencia en todas sus formas en el padecimiento de los adolescentes que llegan día a día a nuestro Programa. Lxs adolescentes nos convocan a ocupar un lugar. El desafío será acompañarlx a surfear las olas: la segunda, la tercera, las que vengan...

Bibliografía

Insua, G (2017) *Saltar de la cuna*. Bs. As :Edit. Letra Viva.

Firpo, S. (2021) *Adolescencia/s. Aportes fundamentales*. Bs. As: Edit. Letra Viva

Dolto, F. (1990) *La causa de los Adolescentes*. Barcelona: Seix Barral.

Laura Iglesias es Psicóloga del Depto. de Salud Mental Municipal de Gral. Pueyrredon. Integrante del Programa Municipal de Atención en Salud Integral del Adolescente. Integrante del Grupo de Investigación “Psicopatología y Clínica”. Docente en UNMDP

¿Aulas muteadas?

Sandra Karina Marañón

Los paradigmas en educación han intentado definir a la escuela desde épocas inmemorables: la escuela normal, la escuela inclusiva, la escuela experimental, etc. Sin entrar en las características singulares de cada modelo podemos encontrar lo común, la escuela era un lugar de encuentro y ese encuentro acontecía en un tiempo y espacio definido. Un lugar que posibilitaba el pasaje de lo privado a lo público y de lo singular a lo colectivo. Un lugar que intentaba alojar la diferencia, una escuela que intentaba albergar el enseñar y el aprender. Una institución que al decir de Castoriadis (1989) es aquello en y por lo cual se manifiesta y es, lo imaginario social. Esta institución es institución de un magma de significaciones, las significaciones imaginarias sociales; el sostén representativo participable de esas significaciones (p. 122). La pandemia nos propuso pensar, tal vez, una nueva definición de la institución escuela: la escuela en pandemia.

Si en este instante nos preguntáramos que imagen surge en nuestra memoria sobre la institución escolar seguramente aparecerían muchas de esas significaciones que nos enlazaron a ese espacio: niños y niñas corriendo en los patios, gritos y risas, el kiosco que espera el tan ansiado recreo, la biblioteca y el mundo de la literatura, algún que otro llanto por una caída sostenida con ternura por la maestra, una pelea detenida a tiempo por la lucha del espacio en el patio, los diálogos en la sala de profesores relatando la experiencia cotidiana del aula, el encuentro con las familias en entrevistas infinitas conversando sobre el cuidado de nuestras niñeces. Una experiencia vívida, llena de colores y matices, eran días distintos, hoy el tiempo está congelado. La experiencia educativa que incluye la repetición, las reglas, el ritual y la tradición se detuvo, al menos al inicio de la pandemia.

El día en que se decretó la medida de confinamiento y la suspensión de las clases presenciales se congeló esa fotografía escolar. La campana dejó de tocar. La escuela interrumpió su devenir. Tuvimos que tramitar el impacto del riesgo inminente de enfermar, la posibilidad de morir y la posibilidad de continuar enseñando y aprendiendo. Como afirma Kohan (2011) la pedagogía se convirtió en eso imposible

que cuando es verdadera enseña un imposible: que la ignorancia es un saber, el único saber que es necesario saber porque permite siempre saber de otro modo.

Sin embargo aún en esa imposibilidad, la escuela aseguraba certezas. Era algo de lo posible. En esa imposibilidad a la que nos enfrentó el coronavirus hubo que repensar la práctica, no era posible anticipar y planificar e implicó un desafío que aún hoy se sostiene. Desafío que nos convocó a problematizar esta forma de enseñar y aprender. Los rituales se modificaron y hubo que reinventarse y reinventar la escuela. Un espacio en permanente transformación que el COVID 19 movilizó hasta sus cimientos más profundos.

Los rituales, ese conjunto de prácticas y símbolos de la escuela como son los "buenos días", la entrada al aula, la campana, las canciones, los recreos, ese tiempo pautado se transformó. Estos rituales que calman nuestras angustias cotidianas cambiaron, se modificaron ¿La escuela dejó de sostenernos? ¿Cómo cuidar y proteger a muchos de nuestras niñas y niños que encuentran en la escuela el refugio a su dolor, a la violencia y el abandono? ¿Quiénes sostendrán ahora la mirada de estas infancias dolidas? Tiempo de reelaboración, de tensión en lo nuevo y lo ancestral; lo instituido y este tiempo que irrumpió sin pedir permiso y que sin proponérselo se convirtió en instituyente y obligó a la deconstrucción de patrones de enseñanza aprendizaje, a la idea de escuela, de ser docente y de ser estudiante y del derecho a enseñar y a aprender. Un derecho que posibilite el acceso a todas las formas posibles de educación y que la pandemia visibilizó como derecho herido por la desigualdad y la vulnerabilidad que viven muchas familias de nuestro país. Familias que tal vez también dejaron de ser invisibilizadas, paradójicamente por esa falta, esa ausencia, esa forma de desaparición social que como afirma Moffat (1999) deshumaniza.

¿Podemos entonces pensar la escuela como lugar de humanización? ¿Podemos pensar el proceso de enseñanza aprendizaje como un proceso dialéctico en el que enseñamos aprendemos y que en ese encuentro con los otros humaniza?

Afirma Ranciere (2003) que instruir puede significar dos cosas diametralmente opuestas, confirmar una incapacidad en el acto mismo que pretende reducirla o (...) forzar una capacidad, que se niega o se ignora. Atontamiento o emancipación. Tener presente que no existe una sola forma de educarse es ampliar la mirada en relación a las estrategias desplegadas tanto por el docente como por los estudiantes. Implica poner en juego la creatividad y el estar atentos a nuevas formas de enseñar y aprender en un juego dialéctico, enriquecedor y colaborativo. Un juego que en este contexto

cambió las reglas y que tenemos que reaprender para rehacerlo solidario y colectivo y así volver a ser comunidad aún en el espacio virtual. Espacio escolar virtual en el que otras y otros tendrán protagonismo no solo el docente y sus estudiantes, donde los límites se han desdibujado, donde también hay riesgo y nuestra intimidad se ve amenazada.

Pensar la vuelta a la presencialidad tendría que superar la discusión de cuánto se aprendió para pesar en como intentaron aprender y enseñar docentes y estudiantes en pandemia, cuanto dolor se atravesó, preguntando sobre lo singular y pudiendo por una vez salir de la homogeneización y normalización que la escuela ha intentado en su historia imponer. Podría ser la oportunidad. Oportunidad para hacer de la escuela un lugar de reencuentro y reafirmar la necesidad del abrazo, del encuentro de los cuerpos en un tiempo y espacio definido, reencuentro que nos recuerda que somos parte de una comunidad. Paulo Freire nos ayuda a pensar la intersubjetividad afirmando que la intersubjetividad de las conciencias es tan originaria cuanto su mundanidad o su subjetividad, que la intersubjetividad posibilita poner a las conciencias en un cierto mundo común y en ese mismo mundo, se oponen como conciencia de sí y conciencia del otro.

Volver a la escuela tal vez encierre la necesidad de constatar la presencia de la ausencia, saber que el otro está, sostiene, pone palabra y nos mira para construir lo común y preguntar, en primera instancia, sobre cómo ha sido el transitar en la pandemia, para dar lugar al dolor, a las pérdidas y a los duelos que hemos atravesado. Para repensar el lugar de la escuela como lugar de encuentro, de posibilidad de lazo con el otro y así habilitar un espacio para aprender.

Experiencia singular que nos interpelará con una pregunta ¿y si enseñar fuera imposible? Kohan (2011). Volver al aula, experiencia silenciosa en la que el contacto a través de la mirada se potenció sosteniendo la necesidad de un abrazo, de una sonrisa, con distancia, cuidándonos, en esa quietud tan extraña al espacio escolar, sin juegos ni corridas, homogeneizados por los barbijos y casi muteados como en el espacio virtual.

Bibliografía

Castoriadis, Cornelius (1989). La institución imaginaria de la sociedad (vol. 2: El imaginario social y la institución). Barcelona: Tusquets.

Freire,P.(1970) Pedagogía del oprimido. Tierra nueva.

Kohan, Walter (2011) *¿Y si enseñar fuera imposible? Aprender a pensar con Sócrates* .Clase I.Pedagogía de las diferencias .Flacso.Bs.As.

Moffat, Alfredo (1999) *Los desaparecidos sociales*. Página 12. Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo .Seminario de Análisis Crítico de la Realidad Argentina

Ranciére, Jacques (2003), *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Laertes. Barcelona.

Sandra Marañón es Lic.en Psicología. Esp. en Psicología Perinatal. Docente, extensionista e investigadora en la Facultad de Psicología y la Escuela Superior de Medicina de la UNMDP. Integrante del Grupo de investigación "Psicología y ética: ciencia y profesión".

Sobre la particularidad de estudiar en tiempos de Covid-19

Lara Berg

"Aún tenemos fuerza para subir la callejuela empinada.

*Recién estamos descubriendo los puentes, y las casas, las ventanas,
y las luces, los barcos y los horizontes."*

R. González Tuñón

Introducción

El presente escrito intentará promover un acercamiento al impacto en los procesos de aprendizaje universitario que han sido marcados por el Covid-19. Primeramente, se cree conveniente considerar a la Universidad en tanto comunidad educativa, ya que, de este modo, no se restringe la responsabilidad de la educación al sistema educativo formal. En otras palabras, el sostenimiento y fortalecimiento de la Universidad Pública, como espacio inclusivo, gratuito y de calidad, se materializa, en parte, a través del ejercicio ciudadanx de todxs nosotrxs.

Por otro lado, pensar a los centros educativos en tanto comunidad, permite considerar a la institución organizada en torno a una cultura de aprendizaje, de manera que todas sus instancias y todos sus miembros están comprometidos en la construcción y adquisición de nuevos conocimientos y habilidades. De este modo, en un momento donde se tensionan problemáticas y escenarios heterogéneos, se hace hincapié en las políticas inclusivas y en la posibilidad de pensar a las instancias educativas desde una convivencia democrática, involucrando ahora, a la mencionada "convivencia digital", sostenidas en prácticas de cuidado.

Desarrollo

La suspensión de clases presenciales en el marco del aislamiento social, preventivo y obligatorio nos ha interpelado en problemáticas y necesidades que afloraron con marcada persistencia. En principio, se asienta la dimensión de la brecha digital, siendo este un concepto referido a la distribución desigual en el acceso, uso y/o

impacto de las tecnologías de la información y la comunicación. En otras palabras, el acceso a materiales educativos en formato digital se vuelve en el actual contexto indispensable. Tal es así que el problema en el acceso continúa, poniendo de manifiesto que la situación afectó de manera heterogénea dependiendo del escenario particular de cada estudiante. Para ello, se revalorizan las políticas de inclusión digital que se han materializado, por ejemplo, a través del fortalecimiento del programa de conectividad federal Juana Manso, y el compromiso para liberar el uso de datos móviles en el acceso de los estudiantes a plataformas educativas de las 57 universidades nacionales. En este sentido, en tanto partícipes de un fenómeno que pone en evidencia la importancia de los lazos sociales, las instancias de socialización en los establecimientos educativos, resulta indispensable la acción cooperativa, y el sostenimiento (y ampliación) de políticas sociales inclusivas.

Dimensionando las habilidades, actitudes y competencias trabajadas en un contexto signado por la virtualidad, se resalta la prioridad en la elaboración de la situación angustiosa o al menos su dimensión como eje prioritario dentro de los procesos de aprendizaje. En este sentido, la angustia como afecto de lo real, compromete al cuerpo y nos desgarrá singularmente en el campo perceptivo sobre todo porque faltan las palabras. Atravesadxs por lo imposible de saber, de soportar la incertidumbre, resultó imperioso ubicar la situación actual como una oportunidad para detenerse y pensar. De modo que, en clave actitudinal, la cooperación y la tolerancia resultaron ser las herramientas protagonistas.

Por otro lado, dentro del proceso de continuidad pedagógica, en sus vertientes sincrónicas y asincrónicas, se considera oportuno problematizar el "aislarse sin detenerse", en tanto imperativo de rendimiento, que, en este contexto, se vio magnificado por la hiper-tecnologización y "totalización del tiempo" tanto en el estudio como en el trabajo. En cambio, en tanto apuesta, se habilitó la búsqueda de coordenadas, sin que esto último sea entendido como sensación de control. Para ello, fue indispensable sostener un aprendizaje que propiciara la realización de actividades que den sentido. Es decir, no sólo los contenidos estrictamente formales, sino también pensar aquellas instancias y espacios educativos que auspician momentos para conversar sobre los atravesamientos de cada unx (habilitando el reconocimiento de los sentimientos de soledad, aburrimiento, miedo y ansiedad), divulgando, a partir de fuentes confiables y oficiales las medidas de protección; y desarrollando sentimientos de cuidado, en el "ir tejiendo" de redes vinculares.

A la par, se ubica como eje primordial la ocupación del vínculo educativo, fomentando espacios de intercambio y construcción colectiva, trabajando la persistencia y la búsqueda de un aprendizaje significativo. La tarea educativa adquiere un carácter diferido, es decir, aquello que se aprende en el “aquí ahora”, se espera que sea utilizado en diferentes contextos futuros, siendo la pieza fundante la movilización de los contenidos. En este sentido, autores como Bombini (2008), reafirman el interés por las particularidades y experiencias diversas en el modo en que los sujetos y las comunidades se vinculan con la cultura escrita, siendo extensible al acto mismo de estudiar.

Conclusión

Retomando a Freire (2002), estudiar resulta ser un acto que radica en lo difícil y lo apasionante, en donde lx estudiantx se reinscribe como “recreador” de aquello que estudia. Así, se reafirma la importancia de entender los espacios educativos en tanto experiencias dialógicas y co-construidas.

Bibliografía

- Bombini, G. (2020) la escuela en tiempos de pandemia. Rev. Planetario.
- Bombini, G. (2008) la lectura como política educativa. Rev. Iberoamericana de educación.
- Freire, P. (2002) Cartas para quien pretende enseñar. Siglo XXI. Buenos Aires.

Lara Berg es estudiante avanzada de la Lic. en Psicología (UNMdP). Participa en el Proyecto de Investigación: Hacia una Bioética en expansión. Derechos Humanos y perspectiva de género en la formación de grado de psicología.

Ser estudiante en tiempos de pandemia

Karen Dominguez Cardoso

*"A diferencia de la **solidaridad**, que es horizontal y se ejerce de igual a igual, la caridad se practica de arriba - abajo, humilla a quien la recibe y jamás altera ni un poquito las relaciones de poder." Galeano, 1998.*

A más de un año de estar conviviendo con la pandemia, varios son los interrogantes que diversas voces plantean respecto de la crisis producida en nuestra cotidianidad. El siguiente escrito busca continuar pensando preguntas en torno a varios aspectos que atraviesan en este particular contexto, las vidas estudiantiles universitarias.

La pandemia se materializa en el recuerdo, aquel 20 de marzo del año 2020 cuando se publica el Decreto de Necesidad y Urgencia que implementa a nivel nacional el aislamiento social preventivo y obligatorio, ASPO, una serie de medidas restrictivas para evitar mayor circulación del virus. Este hecho pasará a la historia de nuestro pueblo siendo una bisagra que irrumpe a todes pero no por igual. En medio de una crisis sanitaria y social, una de las problemáticas sociales que se pone en evidencia es la gran desigualdad ya existente y que no hace más que acrecentarse. Las dificultades se fueron esparciendo por las diversas áreas sociales no quedando exentas las universidades.

A partir de la Reforma universitaria de 1918 se aspira a la integralidad de sus misiones. En la actualidad tanto la extensión, la investigación, la docencia como la gestión, en intentos de funcionar no integradas aún pero si coordinadas, han realizado intervenciones puntuales en territorios vulnerabilizados de nuestras ciudades de Mar del Plata y Batán. En estas actividades educativas diversos estudiantes han sido partícipes de experiencias presenciales y virtuales que marcan un tipo de aprendizaje distinto. Además otra característica central de las universidades nacionales a partir de la reforma, es la cogestión como característica central, conformada por la voz del claustro estudiantil, docente y graduado. Desde el lugar de estudiantes, podemos resaltar la particular importancia que tiene la organización estudiantil para habitar los complejos procesos de enseñanza-aprendizaje virtuales, así como también en garantizar el respeto de nuestros

derechos. Por otro lado, la actividad de los no docentes como partícipes de la comunidad universitaria han sumado sus esfuerzos para la readaptación del sistema administrativo a una modalidad completamente virtual. Esto resulta pertinente ya que el modo de transitar, en contextos de crisis e incertidumbre por la educación superior, está atravesado por las particularidades institucionales e históricas.

El plural utilizado para denominar las vidas estudiantiles no es azaroso, intenta dar cuenta desde una perspectiva crítica, tanto de las diversas dimensiones que atraviesan a los estudiantes, así como las trayectorias educativas también distintas que van construyendo y habitando. Son las posiciones sociales, la condición de género, étnica y cultural, la conformación familiar, las posibilidades económicas, laborales, los recursos psíquicos-emocionales, las experiencias educativas previas, conforman la manera de ser estudiantes. No existe una manera de transitar la educación superior, solo hay recorridos singulares. No está planteado en el plan de estudios, no está escrito en las normativas. Las herramientas que se requieren para estudiar se aprenden en la propia experiencia, en el lazo con la institución, es decir, con otras personas.

Al pensar cómo influye la alteración del tiempo en plena pandemia en las universidades, lo que se produce es una reorganización del mismo desde las cátedras que se ve reflejado en las readaptaciones de los cronogramas de estudio. Sin embargo, existe un tiempo más abstracto y no por eso menos importante, que también sufre modificación. Comienzan paulatinamente a percibir docentes y estudiantes que no es lo mismo el tiempo de una clase presencial al de la virtualidad. El cuerpo sufre un cansancio distinto. La atención implica un mayor esfuerzo para sostenerse. Y esta modificación en el tiempo educativo, se ve también reflejada en el tiempo personal de cada uno. La administración de un tiempo para estudiar, para trabajar, cursar, para descansar, para disfrutar, para socializar... actividades que realizamos en un espacio compartido con convivientes que no guardaban relación con la actividad en sí. Cabe preguntarse: ¿Qué herramientas aprendidas y construidas como estudiante fueron útiles para afrontar tal crisis? ¿Cuáles estrategias se construyeron nuevas?

No se llega a ser estudiante, se va siendo. En los primeros años de las carreras se aprende a regular las emociones que despierta el desconocimiento, porque entramos a un ordenamiento previo que es ajeno. Como se describe antes, la familiarización se produce en la construcción de ese lazo social. Esa filiación se realiza en el territorio universitario, es decir, habitando la universidad

física: sus pasillos, sus aulas, los cafés que la rodean, centro de impresiones, la biblioteca, el comedor y las paradas de colectivo. El aspecto espacial principalmente es puesto en suspenso a partir del covid-19, ya que el estar con otro pasa a estar mediatizado principalmente por las redes, con los conflictos y vicisitudes que esto trae. La virtualidad como el espacio físico ausente que no lo reemplaza pero ayuda a intentar esta continuidad pedagógica.

Podemos pensar cómo esta afectación de las coordenadas espaciales y temporales lleva a adoptar un rol más activo como estudiantes. Por un lado preguntar si se ocupa este lugar, de qué manera y qué aspectos cuesta gestionar. Y por otro plantear, cuál será el punto medio entre las responsabilidades que cuestan asumir como sujetos activos del proceso de enseñanza-aprendizaje, y las presiones excesivas que la institución educativa ejerce muchas veces. Se presenta una escena compleja donde interceden muchos factores. Cuántas veces esas presiones, aparecen en los dichos injustos de un docente, en un acto burocrático del sistema informático, en un problema de conectividad o de acceso a las cursas por falta de franja horaria. Y cuantas otras veces se dificulta habitar ese rol de aprendizaje, de una manera más independiente autónoma, ya sea para gestionar el material, los tiempos, los espacios de estudio, la organización y el manejo del factor emocional. *"Más que ser educando por una razón cualquiera, el educando necesita volverse educando asumiéndose como sujeto cognoscente, y no como incidencia del discurso del educador. Es aquí donde reside, la gran importancia política del acto de enseñar"* (Freire, 2014, 60)

Para concluir, se percibe que son múltiples las dimensiones que atraviesan la vida estudiantil tanto las condiciones sociales, históricas, étnicas, culturales, económicas, políticas y subjetivas como las deseantes. En este contexto de crisis por la pandemia, se produce una alteración de los ejes organizadores como el espacio y el tiempo que ha generado fuertes efectos en las subjetividades estudiantiles. Se ha profundizado la desigualdad entendiendo que la distribución de las riquezas es una de las políticas por excelencia para hacerle frente a nivel gubernamental. Sin embargo, al analizar en un nivel microsocial que ayuda a afrontar este contexto, resulta pertinente pensar en la cooperación entre personas que han realizado actos de solidaridad con sensibilidad social. Esas personas con fuerte compromiso también habitan diferentes lugares de la universidad. Es el vínculo humano lo que introduce en este mundo académico y sostiene a los estudiantes frente a las adversidades.

Bibliografía

- Freire, P. (2014). *Pedagogía de la esperanza: un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores México.
- Galeano, E. (1998). *Patatas arriba: la escuela del mundo al revés*. Siglo XXI.
- Ordorika, I. (2020). Pandemia y educación superior. *Revista de la educación superior*, 49(194), 1-8.

Karen Dominguez Cardoso es estudiante avanzada de la Lic. En Psicología (UNMdP). Participa en el Proyecto de Investigación: Hacia una Bioética en expansión. Derechos Humanos y perspectiva de género en la formación de grado de psicología.

Vejez y juventud, entrelazadas en la pandemia

Susana La Rocca

Soy mujer, septuagenaria y jubilada universitaria. En el haber de la vida cuento con una hermosa familia, un compañero amoroso, amigos muy queridos y algún reconocimiento profesional. Podría decir que estoy hecha y afirmar con Amado Nervo, *vida nada me debes, vida estamos en paz*.

Pero vivo, como otras personas consideradas de riesgo en tiempos de Covid, el acelere del final. Todos los días aparecen noticias de las bajas de allegados o conocidos que nos hacen afirmar, resignados, que las balas pican cerca.

No desearía que esta nota sea un cúmulo de quejas que además serían injustas, ni una catarsis puesto que he hecho demasiadas en mi vida. Solo pretendo repensar esta situación inédita que me sitúa en la encrucijada de alejarme de casi todos los que quiero para poder sobrevivir y disfrutarlos después, aunque es posible, que como dice el tango, *después no habrá después*.

Esta aceptación tan prolongada de quedarme en casa, a la que he adherido de manera fundamentalista, empieza a generar efectos que van más allá de lo afectivo y de lo psicológico. Hay contradicciones temporales que implican guardar un tiempo que no tengo, cuidar la salud, que puede estar comprometida por mil factores que no son Covid y estar obligada a pensar en mí exageradamente por amor a los otros. No se puede ayudar sino estando encerrada de espacio y de afectos.

Muchos jóvenes dicen, aunque no lo hagan explícitamente que ya fuimos, que ya vivimos y que ellos no pueden hipotecar su vida, porque el Covid salvo excepciones respeta la juventud. Por eso no se cuidan Y en este punto... ¿por qué deberíamos cuidarnos si a ellos no les importa de nosotros? Supongo que será para no colapsar el sistema de salud, que además y a pesar de todas las declaraciones bioéticas sería primero para los jóvenes y si algo queda, entraríamos nosotros.

Somos seres relacionales y por eso calificados como viejos en correspondencia con quienes no lo son. La lotería del virus los hace responsables del contagio, pero ellos se sienten víctimas porque se les limita cierto ejercicio de la juventud por un tiempo

restringido. Tal vez encarnan la venganza por las guerras en las que fueron carne de cañón y enviados a la muerte. ¿Qué mundo hemos construido? Jovencidio y viegicidio son las altísimas consecuencias de matar las flores y las raíces, tarde o temprano la savia no alimenta más.

¿Cómo podemos ayudar a comprender ese evitable futuro? Ya no es por nosotros, que es cierto que de alguna manera fuimos o seremos nada, sino por ellos que pudiendo ser ahora y más tarde, se comportan como si el tiempo les perteneciese. El tiempo es dueño no súbdito y además tiene memoria. En realidad nosotros tenemos memoria de él.

La generación joven de la pandemia, en líneas generales y con maravillosas excepciones, será recordada como aquella que pudiendo cuidar no lo hizo y sembró la semilla del destrato de la que luego serán víctimas. Nosotros no estaremos para verlo pero ellos lo recordarán amargamente y será tarde. Pero... ¿sólo es culpa de los jóvenes de hoy o los jóvenes de ayer tenemos algo que reprocharnos? Seguro que sí.

Los jóvenes de los años 60/70 no pudimos conseguir aquellos valores de justicia social e igualdad de derechos que tantos buscamos. Éramos inexpertos y luchamos contra un sistema organizado poderoso y cruel que nos derrotó con todas sus armas. ¿Y que hicimos nosotros además de lamernos las heridas y llorar a los muertos? Nos morimos de miedo y nuevamente fuimos derrotados. No pudimos educar a nuestros hijos en la solidaridad y el compromiso y ahora estamos pagándolo.

Qué decirles a estos jóvenes que pueda evitarles sus propios fracasos, porque si el miedo es paralizante y corrosivo la indiferencia es inhumana e involutiva. Qué gritarles para que puedan entender que la felicidad es comunitaria y no sectaria. Qué argumentar a quienes priorizan la cerveza y el sol al cuidado de sus padres y abuelos, que esa acción tiene resto y deberán convivir malamente con él.

Para ser justos no sólo muchos jóvenes reniegan de esta realidad, también los que ya tuvieron covid, que se sienten sobrevivientes y nos invitan a reuniones y cafés, los antivacunas y los odiadores que identifican el virus con estrategias kirchneristas. A estos últimos nada que decir.

Pero a los jóvenes, que no han aprendido la solidaridad, tratemos de abrazarlos tan fuerte que el dolor se convierta en esperanza. Nosotros ya fuimos pero ustedes serán, si despiertan.

Desde el dobléz de la vida, al que seguramente llegarán, va el deseo que lo logren con humanidad.

Susana La Rocca es Profesora en Filosofía, Especialista en Bioética, Mg. en metodología y epistemología de la ciencia. Coordinadora del Programa Temático Interdisciplinario en Bioética (UNMdP). Miembro del comité de ética de la Provincia de Bs. As y miembro del CedhCovid de la Nación. Directora del Grupo de Investigación Ética Lenguaje y Epistemología de la Facultad de Psicología (UNMdP). Ex Profesora Titular en la Facultad de Psicología y en la Facultad de Ciencias de la Salud